

Héctor Rojas Herazo: « algunas estructuras narrativas »

GUSTAVO IBARRA-MERLANO*

No sé si estas líneas puedan tener alguna coherencia, y mucho me temo que no vayan a tener ninguna, pues se trata de recoger las anotaciones marginales que he ido haciendo en el libro de Héctor Rojas Herazo, *En noviembre llega el arzobispo*.

Mientras hacía las imprevistas anotaciones, llevaba tácitamente los hilos de los temas centrales que las iban suturando idealmente, y después he tratado de barajarlas en algunas unidades primordiales. Pero tampoco, después de este proceso creo que puedan tener alguna coherencia.

En Héctor todo movimiento interior es al mismo tiempo corporal. Ve el espíritu, el alma a través de su indumento sanguíneo y, viceversa, lo corporal tiene siempre una resonancia interior. Realiza en otra clave la palabra de Peguy: *“Lo espiritual es al mismo tiempo carnal”*.

Esto permite algunos juegos de aprovechamiento. A veces desciende inmediatamente de la apariencia a la intimidad. O bien asciende. O va de la una a la otra tejiendo diversas relaciones: Carne-Alma-Carne, etc.

Esto he pensado al ver subrayadas las siguientes frases: *“Pero se contentó con fruncir los labios y sentir (y paladear deleitosamen-*

* Poeta crítico de cine, profesor universitario, autor de los libros *“Hojas de Tarja”* y *“Los Días Navegados”*.

te) *aquel egoísmo derramado en su conciencia como un vinagre*". O esta otra: *"Bajo aquellos ojos de niña culpable, de niña que siempre parecía dispuesta a pedir excusas por una falta desconocida aún por ella misma"*.

Sobre esta misma línea podríamos anotar la construcción visceral de los personajes, en donde se manifiesta la misma unión, la misma tensión pero esta vez del yo y de la carne: *"Comprobó que su mirada erraba no controlada por su deseo y se auscultó por dentro, dejándose resbalar por la blandura de sus entrañas"*.

Con lo anterior no he hecho sino rozar una de las tensiones principales en la creación de Héctor Rojas, tensión que se manifiesta en diversas formas. Debo limitarme necesariamente a pocos aspectos. Me referiré al sentido del tiempo. Creo que hay una forma muy definida que es el registro del tiempo de tipo documental insólito por la precisión de la cronología, y que es significativo en la medida en que su exactitud es un indicio de la noción inversa, es decir que el tiempo es absolutamente insignificante: *"En ese día, a esa hora precisamente cumplía setenta y cinco años con siete meses ocho días y catorce horas de haber llegado al pueblo"*.

O también se manifiesta el tiempo como una herrumbre que se alimenta de la substancia del ser o como un vértigo voraginoso en donde estamos todos sumidos: *"El sintió una especie de mareo al imaginar, anonadado ante aquella orgía cuantitativa, los infinitos millones de trajes devorados por el tiempo (ese algo hambriento inexorable y eterno) en cuyas fauces, triturándose lentamente, estaba ella misma con su traje de ahora en el mecedor, y los dos niños y el pueblo y la tierra y el amor y los suspiros y los sufrimientos que habían sido y que todavía faltaban por evaporarse sobre el mundo"*. Vemos aquí otra tensión manifestada esta vez en la forma de percibir el tiempo como dato cronológico perfilado o como tumultosa corriente que devora sus propios límites. Quiero pasar ahora a otra estructura relacionada con la existencia. Los personajes oscilan frente a su propio existir. Lo deponen, lo asumen, lo comprueban, lo corroboran: *"Se sintió a sí misma (palpó por dentro las arrugas de su rostro) cuando sintió sus ojos recorriendo varias veces la armadura del doncel y la llama de la vela al dar la negativa"*. *"No es necesario recomendó el otro, readquiriendo gradualmente su verdadera identidad entre la brisa"*. *"Regresaba del olvido con la furia de quien necesita taladrar la tierra"*. *"Como si todo, absolutamente todo lo existente fuera a evaporar-*

se”: *“Por un instante se miraron sin prisa, limpios de temor y deseo, como si los dos no hubieran aún descendido sobre la tierra”*.

Estas dudas y tanteos del hombre frente a su propia vida son sin duda una forma de penetrarla mejor. Sólo puedo pasar muy de prisa sobre este aspecto, que exige una meditación más profunda para ligarlo al concepto general de la existencia de la obra de Rojas Herazo, así como al concepto del tiempo y las demás estructuras fundamentales de su novela.

Mírese por ejemplo el desarrollo que puede dársele a la percepción del otro, en esta novela:

“Entre los dos hermanos fulguró la evidencia (el olor) de una terrible distancia. Y la convicción (la irresistible seguridad) de quien no sabe en qué consiste el otro”. Esta sensación del otro como incognita indescifrable está matizada con una noción contrapuesta, en donde aparece el *otro* percibido en su interioridad biológica. *“El señor Gámara lo miró con una dulzura escrutadora. Pensó en ese instante sintiendo frente a él (pesados por la balanza de su envidia) los duros huesos de su interlocutor, y la respiración que ensanchaba las aletas de su nariz”*.

También nos aparecen el uno y el otro tratando de compenetrarse. Se ve el laborioso ejercicio de la mutua percepción: *“Los dos se buscaron pequeñas señales en los ojos”* No puedo siquiera perfilar una de las estructuras más interesantes como es el sentido de la metáfora. Este problema ha sido encarado distraidamente. Al contrario de lo que se afirma, las comparaciones, los ornamentos de estilo, son una manera de captar la materia vivaz siempre en evolución. Es una forma que trasluce la metamorfosis de la realidad. El idioma rodea el ser y el acontecer. Los asedia y extrae de ellos una riqueza oculta e imprevista. Los signos externos son el pretexto, el señuelo de una penetrada substancia. La metáfora no es un ornamento; es un precipitado de la verdad. Y no puede prescindirse de ella porque no es una añadidura sino una revelación. Apertura de una realidad disponible en donde cualquier suceso nos precipita en lo imprevisto, en el profundo lirismo, en el trazo psicológico, en los rumores misteriosos. La realidad y la conciencia se corresponden en desconcertantes paralelismos.

Tal como lo pensé al principio, éstas líneas carecen de hilván. Sólo tienen por unitario intento, atestiguar que Rojas Herazo es un po-

deroso novelista muy mal leído, distraidamente entendido. He pretendido tan sólo esbozar preliminarmente lo que podría constituir una perspectiva de su obra. Me propongo trabajar para lograr una comprensión más profunda de ella. Eso sí, estoy cierto de que nada en su obra, nos es extraño. Todo lo que es externo sucede al mismo tiempo en el intramundo de los personajes. Todo aquello que es violencia externa, sucederes rotundos, gestos tangibles y gravitatorios, comienza a apaciguarse en la interioridad de los protagonistas. Allí el pueblo vive una existencia trasmutada. Una población que se ha hecho intimidad. Es la sustancia de estos personajes tal como se gestó en medio del verano; en el adviento de sus años y sus días; en la compañía de sus hijos; en la trabazón de sus cognaciones y agnaciones; en el ejercicio de sus partos; en la dolencia de las muertes; en el jadeo de las enfermedades; en el transcurso de las aguas migratorias; en la erosión del lecho; en la destrucción de las columnas salomónicas. Y es la permanencia terca: El espléndido durar del alma, más allá de la muerte.

Pasan los días desprendidos, carcomidos por el epicentro de su propia luz furente. El día es el escenario del trascurso y de la destrucción. Estamos viviendo y muriendo entre horas magníficas, entre luces rotundas que atestiguan con una hermosura la certidumbre de la ruina. Ruina que en el fondo no es sino la misma riqueza padecida en otra posición. Por eso este esplendor no es excesivo y por eso esta abundancia no puede medirse por los cánones externos que aspiran a regular la dilapidación y el ahorro de la palabra.

Esta pululación es en esencia, otra transmutación de la derrota y de la muerte.